



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

## EL CHISTE

El chiste es un misterio psicológico. No me extraña que dos de los genios del siglo pasado –Bergson y Freud– pretendieran desvelarlo. Yo lo intenté a mi manera, cuando estaba fascinado por los sistemas de “inteligencia artificial”. Esta inteligencia aspira a que los ordenadores hagan cosas que si las hiciera un humano parecerían inteligentes. Los diseñadores de “sistemas expertos” preguntan a expertos cómo hacen su trabajo y luego se esfuerzan porque la máquina haga lo mismo. En una ocasión quisie-

ron programar un ordenador para que escribiera *best sellers*. Hay muchos programas para escribir relatos cortos, pero una novela de éxito era todo un reto. Preguntaron a un escritor cuáles eran los ingredientes necesarios para conseguirlo, y respondió: “Deben tener un ambiente aristocrático, sexo, intriga y un toque religioso para darle profundidad”. Con estos datos, el ordenador escribió el siguiente texto: “¡Dios mío! (toque religioso), dijo la duquesa (aristocracia), ¡estoy embarazada! (sexo). ¿Quién será el padre? (intriga)”. Esto es un chiste, pero no lo es el programa que intenté hacer para que un ordenador entendiera un chiste. Elegí uno que divierte mucho a niños de cinco años, para no exigir mucho al ordenador: “Le vendo un coche”. “¿Y para qué quiero un coche vendado?”. No conseguí que lo entendiera, porque fui incapaz de darle las reglas para que distinguiera un chiste de una equivocación. En todo chiste hay una

incongruencia. Chumy Chúmez: “Antes no creía en nada. Ahora, ni eso”. Gila: “Oiga, ¿es la guerra? Que si podemos ir a recoger la bala de cañón que tiramos ayer, porque sólo tenemos una”. Pero es una incongruencia que, de repente, nos descubre un sentido nuevo y, con frecuencia, verdadero y escandaloso. El chiste provoca siempre una sorpresa. Pero, ¿por qué lo consideramos gracioso, y no una tontería? Posiblemente porque sabemos que quien lo dice sabe lo que dice. No nos reímos de la misma manera de una equivocación real que de una equivocación contada. Bergson comparaba un chiste a una “caja de sorpresas”, que es una caja que cuando se abre dispara un resorte y aparece un muñeco. Es verdad. Un chiste es como un muelle comprimido

**EN ALGUNAS OCASIONES EL CHISTE DESPRECIA Y ES INSENSIBLE; SIN EMBARGO, EL SENTIDO DEL HUMOR ES TIERNO**

que al comprenderlo se expande. Freud, que era un pesimista integral, decía que en el chiste hay una dosis de violencia y de insensibilidad. Es cierto, la risa es inmisericorde, como demuestra la hilaridad que despierta el resbalón de una persona, o el humor negro, que es una creación típicamente española. Cuando Gómez de la Serna escribe:

“Al amputado de los dos brazos le han dejado en chaleco para toda su vida”, merecía ser execrado y, sin embargo, si no somos la víctima, nos reímos. Freud, que en sus años de plenitud escribió un libro negro y divertido titulado *El chiste y su relación con el inconsciente*, cuando ya era viejo y más piadoso escribió un delicioso artículo sobre el sentido del humor. Descubrió que el chistoso, que suele ser un pelma, no tiene sentido del humor. El chiste devalúa todo y es insensible, por eso puede reírse de cualquier cosa, hasta de las deformidades físicas como hicieron nuestros chistosos del siglo de oro –Quevedo en especial–. En cambio, decía Freud, el sentido del humor tiene una cierta ternura, se ríe de nuestras debilidades para quitarnos el miedo, nos libera de la solemnidad trascendente. Como ejemplo, contaba lo siguiente: “Un condenado a muerte, camino del patíbulo, pregunta a su guardián: Oiga, ¿qué día es hoy? Lunes. Pues sí que empiezo bien la semana”. Les deseo que empiecen bien el año. O sea, con humor. ■



Raúl